

LIBRETO ESPAÑOL DE KISSINGER

El pueblo español no sobrepasó en la Transición los límites de la función decorativa que le asignó, como coro laudatorio, la pieza yanqui-germánica diseñada por Kissinger. Tuve conocimiento exacto de este libreto extranjero el primer día de primavera de 1976. Me lo leyó el entonces comisario europeo Claude Cheysson. Para contrarrestarlo, precipité la fundación de la Platajunta, a sabiendas de la contradicción que suponía la presencia del PSOE en una estrategia de ruptura con la dictadura. Me ingresaron en Carabanchel. No sé si esta discriminadora medida de Fraga (mi delito era el mismo que el de todos los firmantes del documento de la Platajunta), obedecía a los planes del frívolo secretario del Departamento de Estado. Pero está probado, por información directa de Bruselas a José Vidal Beneyto, que Felipe González obtuvo de la socialdemocracia alemana que la Comisión europea desistiera de su presión sobre el Gobierno de Carlos Arias para excarcelarme, porque ¡yo estaba de acuerdo! Entonces calibré hasta qué extremos de degradación llegaba la inmorality personal y política de González.

Meses después, en los momentos anteriores al referéndum de la Reforma política, el presidente Suárez desclasificó Guinea como materia reservada para que, al día siguiente, el ahora honesto Defensor del Pueblo, señor Múgica, distribuyera a la Prensa dos hojas anónimas (cuando para mí no había libertad de Prensa ni juzgado que se atreviera a admitir una querrela contra el PSOE) en las que se me imputaban lucros y colaboración jurídica con actos de tiranía de Macías, siendo notorio que la Constitución que hice para la Independencia de Guinea nunca entró en vigor, y yo había roto toda relación con Macías desde que manifesté, cinco años antes, su deseo de proclamarse presidente vitalicio. Cosa que hizo con una farsa constitucional redactada, según me informó después Amnistía Internacional, por un cubano. Estoy esperando del ahora honesto señor Múgica que se arrepienta y pida perdón, como hicieron en su momento Amnistía Internacional y el partido guineano implicado por el PSOE en esta difamación contra el único portavoz de la ruptura democrática. Una difamación tan infantil, por su inverosimilitud absoluta y su carácter anónimo, que ningún medio de comunicación se atrevería hoy a publicar.

Pero la Transición aún parece necesitar que se mantenga la sombra de la duda sobre la única persona capaz de dar testimonio de la traición de los partidos a su recíproco compromiso (cuyo original conservo) por la libertad política indiscriminada, la simultánea legalización de todos los partidos y un referéndum básico, tras una fase de libertad constituyente, sobre la forma de Estado y de Gobierno. La utilidad para el sistema de mantenerme un cuarto de siglo bajo sospecha, la confirma el hecho de que un artículo del líder



de la oposición a la actual dictadura en Guinea, Severo Moto, (publicado el pasado día 29 de junio en LA RAZÓN), donde cuenta la limpieza de mi actuación y la suciedad del PSOE, lleva meses esperando su publicación en «El Mundo». Diario que nada tiene conmigo que no sea una relación de mutua simpatía. Si a pesar de las pruebas concluyentes de la difamación cometida por el ahora honesto señor Múgica (no por causas personales, sino para eliminar la idea democrática que imposibilitaba el pacto con la dictadura), el Defensor del Pueblo no se disculpa ante la opinión engañada por su deshonesto proceder, nadie podrá ya negar al ministro de Justicia de González, el mérito de haber alcanzado honor oficial en virtud de su derecho humano al deshonor personal y la indignidad política. Derecho inalienable a anteponer siempre la ostentación de un cargo a la fidelidad del partido. Premio de consolación a la bastarda que hizo el trabajo sucio del libreto de Kissinger. Tan villana como la del ahora deshonesto González.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

GENOMA Y SALUD PLANETARIA

Esta vez el progreso del conocimiento ha sido lanzado y orquestado a bombo y platillo. Cosa que no suele suceder con los descubrimientos científicos, con el continuo avance del saber, normalmente soterrado y ajeno a las primeras planas de los medios de comunicación. Incluso Clinton ha sido capaz de realizar una feliz comparación: así como en los orígenes de la ciencia moderna Galileo percibió que el Universo estaba escrito en lengua matemática, y ello permitió el desarrollo de la «nueva ciencia» ahora los científicos han ordenado el lenguaje que programa la construcción de nuestro ser, el genoma humano; aunque —debemos añadir— la función de la inmensa mayoría de sus elementos, los genes, permanece todavía oculta.

Indudablemente este avance se encuentra en un camino en cuyo término e incluso en cuyos tramos se descubren revolucionarias y felices perspectivas para mejorar la salud humana. El hacer médico se desplaza hacia un nuevo y radical nivel tanto en el diagnóstico como en el tratamiento de las enfermedades con base genética y con posibilidades de conocer, en general, las posibles respuestas de cada individualidad singular ante la enferme-



dad. Pero no todo es genético. Y este es el punto sobre el cual querría llamar la atención. Si queremos mejorar la salud humana y con este término «humano» quiero referirme a su totalidad significada, a los seis mil millones

de seres humanos que poblamos el planeta no podemos olvidar que la mayor parte de la patología y del prematuro morir humano tiene raíces sociales. Es consecuencia de nuestra atávica organización social.

Cuando escribí mi libro «El animal cultural» tuve ocasión —y necesidad— de profundizar en el movimiento que representa la «sociobiología». Y en dicha obra crítico la «mitología de los genes» en que tal movimiento científico incurrió, particularmente en su primera fase. Se llegaba a afirmar que nuestro cuerpo y toda la humanidad no representamos sino un instrumento fabricado por los astutos genes para sobrevivir y multiplicarse. Divertida idea siempre que no se tome en serio, como hicieron los sociobiólogos. Evitemos ahora el error de olvidar los grandes problemas que una política sanitaria a escala mundial debe plantearse, arrastrados por el legítimo entusiasmo ante el avance del conocimiento.

¿Cuáles son los grandes agentes patógenos y mortíferos que, hoy día, actúan sobre la humanidad? Es lo que hay que preguntarse. En primer lugar, el hambre que afecta a casi una cuarta parte de los humanos. Contrapesada por la obesidad de una tercera o cuarta parte de la población en los países ricos y significativa de una elemental compensación oral ante una vida infeliz en medio del despilfarrero. En segundo lugar, la violencia. La estrictamente bélica destruyó cincuenta millones de vidas humanas en la última guerra mundial y hoy se prolonga en cruentas guerras localizadas. Pero a ella hay que añadir la aniquilación de multitudes erigidas en «enemigo» étnico o político, que ha llegado al genocidio y el holocausto. Y no podemos olvidar la violencia doméstica contra mujeres —el «femicidio»— y niños. En tercer lugar, las drogas, criminalmente utilizadas, a pesar del discurso oficial que aparenta condenarlas y perseguirlas, por los grandes poderes tanto con fines lucrativos como para desarmar la rebelión de la juventud. Y para completar esta rápida ojeada sobre el penoso panorama añadamos las enfermedades y accidentes laborales, unidos a la explotación del trabajo, así como las condiciones de vida en nuestras ciudades polucionadas y estresantes.

Quizá un genetista radical mantenga que los genes están subyacentes a todas estas calamidades humanas. Que somos una especie agresiva, insolidaria, egoísta y brutal. Haría falta modificar, entonces, nuestro genoma. No lo creo así. Por encima de los genes está la reelaboración que supone la cultura humana y sus muy diversas posibilidades de organización social. Combatamos por aquella que, superando atavismos zoológicos, establezca el marco en que los grandes avances de la ciencia sean puestos al servicio de todas las mujeres y hombres de nuestro planeta. Las revoluciones científicas claman por la revolución social.

Carlos PARÍS

BOSQUIMANOS SÍ, MOMIAS NO

Uno de los sociólogos a sueldo de Juan Bravo ha mandado un e-mail repleto de santa indignación. Se pregunta por qué ha habido una tan grande polémica en relación con el llamado «negro de Bañolas», el bosquimano expuesto disecado en un museo, y nadie mueve un sólo dedo por las momias egipcias que pueblan los museos del mundo entero. No es que el sociólogo, ni, por su puesto, Juan Bravo, defiendan que se utilicen a nuestros congéneres humanos como material de exposición «cultural» en vitrinas museísticas, pero tampoco entiende por qué hacerlo en unos casos es políticamente incorrecto, y en otros es la apoteosis de la riqueza en la investigación

antropológica. Lo del «negro de Bañolas» no tiene pase, porque da la impresión de equiparar a los indígenas africanos con los dinosaurios o las mariposas clavadas con alfiler. Pero no parece menos reprochable exponer un cráneo de nuestros antepasados al lado de unos colmillos de tiranosaurio, o de un esqueleto de marsupial extinguido. Pero, sobre todo, y volviendo a las momias egipcias, ¿es aceptable exponerlas en un sarcófago de cristal para la observación culturalmente concupiscente de las masas? Según la teoría de Bañolas, habría que repatriarlas a todas, y darles un entierro digno. O todos, o ninguno.

Juan BRAVO

